

que se valía una adivinadora, á quien mucho se consultaba sobre robos y pérdidas de objetos. Colocaba una vela de sebo dentro de una olla, y adivinaba la dirección en que debía buscarse el objeto extraviado, por los movimientos de la flama; y por el modo como se fundía la vela, anunciaba si lo perdido se encontraría en la bosque ó en el llano.

Los tecolotes están en desgracia entre los tarascos, pues siempre que ven alguno, lo maldicen y le amenazan con el machete. Cuando pasa un buho sobre la casa, tómallo el dueño por presagio de su cercana muerte y se pone á rezar.

Nadie debe tocar á las víboras ni mucho menos matarlas.

CAPÍTULO XXV

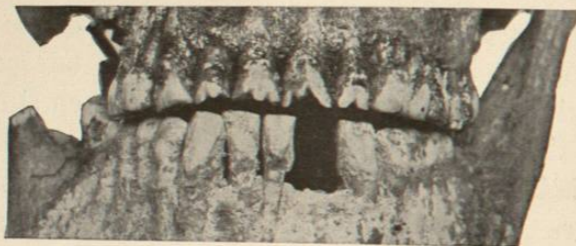
ZACAPU—EL "PALACIO" DEL REY CALTZONTZIN—ANTIGUO CEMENTERIO—DIENTES LIMADOS—URNA FUNERARIA—HUESOS HUMANOS CON ESTRÍAS—"AQUÍ VIENE EL HOMBRE QUE COME GENTE!"—FICCION Y VERDAD—LA FOTOGRAFÍA ES UN CRIMEN—LOS TARASCOS SUBLEVADOS CONTRA MÍ—SE SOMETEN Á LA RAZÓN.

NO lejos de Cherán, entramos en los magníficos y vírgenes pinares que cubren las laderas de los cerros al noroeste de la ciudad de Nahuatzen (en tarasco: *Yahuatzen*, "donde hiela"). Había inseguridad en el camino á causa de las partidas de ladrones, compuestas de veinte ó más indios, que, procedentes de Chilcota y otros pueblos, frecuentemente extendían sus rapiñas hasta aquella región, y mi amigo el herrero me señaló el sitio donde hacía sólo tres años habían despojado, aun de la ropa, al secretario del ayuntamiento de Nahuatzen. El nombre de Chilcota es azteca, y su designación tarasca, Tzirapo (de *tziri*, maíz; *xapo*, ceniza: "Lugar donde el nitztamal se prepara con ceniza" [en vez de cal]).

Presto dejamos tras de nosotros el tortuoso camino de la Sierra, pasando de cuando en cuando por entre espléndidas encinas. Durante un rato fuimos contemplando el lejano paisaje del alrededor de Zacapu, á manera de amplia hondonada llena de lagunas. Zacapu mismo ("Lugar de piedras ó pedregal," aludiendo á los grandes y antiguos yacimientos de lava de las carcanías) es una ciudad brillante y hermosa, favorecida con un río pequeño, pero de cristalinas aguas que corren mansamente hacia una lagunita donde muchas variedades de aves acuáticas se divierten libremente

como en el interior de un parque. La ciudad era uno de los centros tarascos de importancia, pero actualmente predomina la población mexicana. Aunque todavía queda gran número—por lo menos la mitad de sus tres mil habitantes—de indios de pura raza, se han civilizado tanto que ya no hablan su lengua y conservan muy pocas de sus antiguas costumbres. Hasta hace muy poco, tenía ese lugar muy mala fama como guarida de ladrones.

Dirigimos nuestros pasos al repugnante mesón y encontramos el patio lleno de arrieros con sus cargas y aparejos, todo sumido en una oscuridad casi egipcia. Las personas principales y el presidente municipal me ayudaron



Dientes limados.

cortésmente, al otro día, á conseguir hombres que me acompañasen á practicar excavaciones en las interesantes ruinas conocidas en la localidad con el nombre de "El Palacio."

Al pasar el puentecito que abarca el río, detuvímonos un momento á disfrutar de una vista extremadamente pintoresca: claras y serenas aguas; mujeres bañándose; hombres nadando ó dando de beber á sus caballos; chicuelos entregados á sus juegos, y, en el fondo, el majestuoso cerro del Tecolote, con su cresta de pinos, vigilando el idílico paisaje. Muy cerca, hacia el oeste de Zacapu, se levantaba una lomería de *mal país*, quizás de quinientos pies de altura, en cuya cumbre podían adivinarse vagamente los contornos del palacio del rey Caltzontzin. Cuantos individuos encontré mostrábanse atentos y todo ofrecía á mis ojos el contraste

más halagador y benigno con las preocupaciones é inhospitalidad de Cherán.

Nos llevó el guía hacia lo alto de la cuesta, por entre pequeños sembrados, y pronto nos indicó un lugar donde podrían encontrarse "muertos." Por sugestión suya, elegí para mis excavaciones un sitio plano, como de veinticinco varas cuadradas, en medio de rocas eruptivas, al pie y hacia el noreste del palacio. Casi inmediatamente encontramos

varios esqueletos, y como continué las excavaciones durante cinco días, antes de mi partida había quedado enteramente exhausto aquel lugar. Los esqueletos se hallaban amontonados desordenadamente, cubiertos, los más próximos á la superficie, con tres pies de tierra escasamente. Recogí más de un centenar de cráneos, la mayor parte de tarascos; pero había mezclados con éstos, otros dos tipos, por lo menos. Entre los últimos, se encontraban varios, aplanados artificialmente de manera que los lados y la parte posterior se combaban extraordinariamente. Cuatro de las cabezas achatadas eran de mujeres. En algunas de las calaveras tarascas, los dientes aparecían limados, como si se hubiese pretendido dar á los incisivos la forma de colas de golondrina.

Llamaba la atención el escaso número de objetos que había con las osamentas, pues no pasarían de una docena de cascabelitos de cobre y algunas cuentas. Tuvimos,



Urna sepulcral. Altura, 91 cm.; circunferencia, 2 metros, 25 cm.

con todo, la buena suerte de dar con una vasija funeraria, asentada perpendicularmente entre los esqueletos, en la parte oriental del cementerio. Dicha olla de barro, de que tomé posesión, es de forma muy agraciada y tiene el borde



Huesos humanos con rayas.

encorvado y ligeramente brillante. Es de muy buena clase, de paredes delgadas y superficie lisa. La tapadera es de material inferior. No contenía otra cosa que los restos quemados de un esqueleto. Tales urnas funerarias no son del todo raras en la región de los tarascos, aunque sólo se encuentran accidentalmente. Buscar alguna ex profeso,

suele resultar tarea ingrata y laboriosa. Hallamos también una escudilla de barro llena de ceniza que contenía además un cráneo suelto y un fetiche de lava.

Sin embargo, los objetos más curiosos é interesantes, que excitaron la admiración, no sólo de los mexicanos, sino aun de los indios que nos servían de peones, fueron unos huesos humanos con ciertas marcas transversales á manera de muescas. Sacáronse de entre las osamentas veintiséis de dichos huesos estriados, en su mayor parte fémures y tibias.

Mi teoría, expuesta en otra parte, era que dichos huesos procedían de enemigos muertos durante la batalla, usados como amuletos para infundir al vencedor la fuerza del vencido, y por ende, buena fortuna en la guerra. Parecía, no obstante, ser la opinión más aceptada que tales huesos eran instrumentos musicales, parecer que ha venido á corroborar mi descubrimiento, en 1898, de los huesos de venado con muescas usados por los huicholes de hoy (véase página 155). Remueve cualquiera otra duda á este respecto el interesante hallazgo obtenido en el curso de las excavaciones que se practicaron á espaldas de la Catedral de México en el otoño de

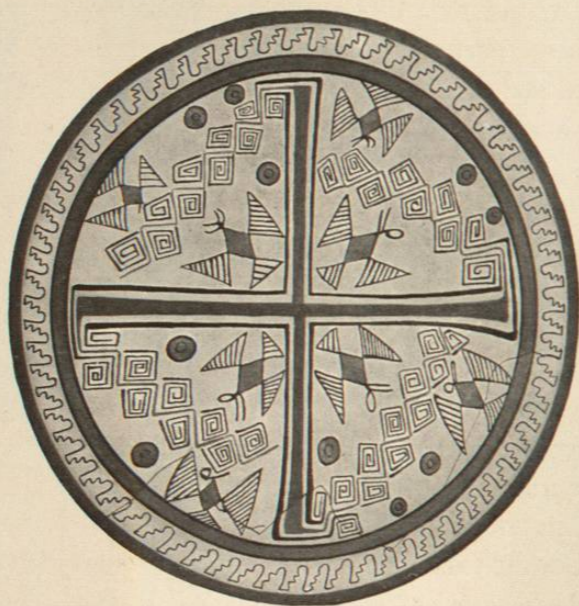
1900. El Sr. M. H. Saville, que estuvo presente, me informa que se hallaron representaciones en barro de huesos humanos estriados (fémures), juntamente con figuras análogas de instrumentos musicales aztecas, tales como el tambor horizontal de madera (*teponaztli*), la sonaja, la concha ó carapacho de tortuga, la *chirimía*. Había uno en la forma del jeroglífico de la piedra. El instrumento original probablemente emitía sonido metálico. Todos los objetos, inclusa la escudilla, eran de tierra roja y de tamaño, más ó menos uniforme. Había varias muestras



Antiguo hueso estriado, de barro cocido. De la ciudad de México. Longitud, 16.5 cm.

de cada instrumento, y toda la colección comprendía como un centenar de objetos. Es evidente, pues, el propósito de dichos huesos, cuyas muescas reproducen en relieve el raspador que servía para tocarlos.

Aun admitiéndose que los huesos dentados se usaran como instrumentos musicales, queda por explicar á qué se debe la divergencia tan notable que se advierte en las marcas trasversales de los de mi colección, tanto más cuanto que



Amplificación de un asiento de escudilla. Gris claro con adornos negros y rojos, dominando la Svastika. De Zacapu. Diámetro, 26.5 cm.

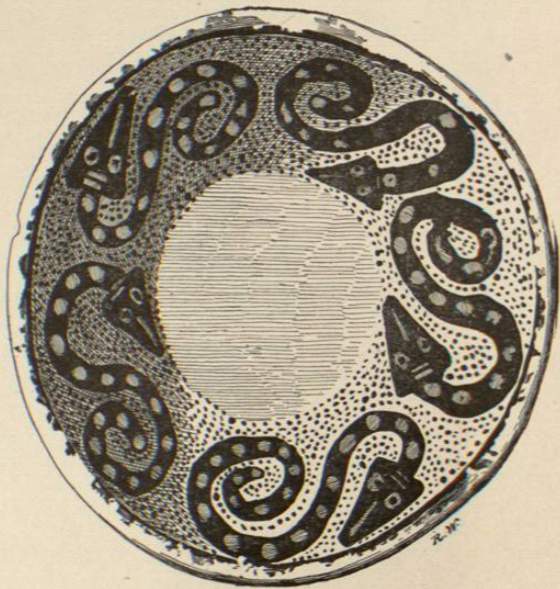
algunos tienen rayas tan ligeras que producirían el mismo sonido si fueran lisos. Por otra parte, de un total de veintiséis huesos, sólo tres presentan signos de considerable uso. ¿No podremos ver en esto un indicio de que muchos de tales huesos eran formas convencionales de los instrumentos verdaderos, ó en otros términos, amuletos con su objeto simbólicamente expresado? De la idea que asocian los huicholes á la ceremonia de raspar huesos de venado con entalladuras, hay motivo para inferir que se hacían sonar

los huesos humanos á efecto de lograr la muerte de los enemigos. Esta interpretación no se opone á la plausible explicación del Dr. Eduardo Seler, quien piensa que los huesos encontrados por mí fueron usados por los cautivos de algún jefe, en el entierro de éste, cuyo cuerpo, según era costumbre, debió de ser quemado, sacrificándose á la vez á dichos esclavos. La urna funeraria que he mencionado, contendría, pues, los restos del caudillo quemado, y los esqueletos serían los de sus siervos.

En esa región, todos los monumentos antiguos se atribuyen al rey Calzontzin de Tzintzuntzan, así como todos los que se hallan al norte del Estado de Michoacán, á Moctehuzoma. El palacio, ó fortaleza, es una explanada que se formó ensanchando la cima de un cerro en una extensión de ciento treinta varas de longitud por la mitad de anchura. El trabajo de mampostería consiste en pedazos de lava unidos sin argamasa. En algunos lugares llega la altura á cien pies, pero donde la fortaleza se aproxima á los puntos más altos de la elevación natural, por los cuales hubiera sido fácil entrar en ella, se había levantado un bajo muro de que aun se advierten huellas. El espacio plano que se ganó de esta manera, cubierto ahora de yerba y sembrado á trechos de matorrales, podía contener de quinientas á seiscientas personas. En las cercanías, especialmente sobre el costado occidental de la falda, había numerosas yácatas cuadradas ó rectangulares, construídas con bloques de lava sin tierra.

El antiguo yacimiento de lava en que están el palacio y las yácatas, corre por su borde oriental á una altura como de doscientas yardas. Seguí una vez dicho filo yendo de Zacapu hacia el norte, en una extensión de dieciséis millas, y noté otras muchas fortificaciones y yácatas del mismo material y forma que las mencionadas. Había también algunas casas antiguas que parecían construídas de bloques de lava y enjarradas con lodo; pero la aspereza del terreno me impidió aproximarme á ellas. Análogos monumentos antiguos se

pueden encontrar en un espacio de treinta millas al norte de Zacapu, hasta San Antonio Corupo (“quemado en la superficie”). Mandé hacer un cajón para la grande urna cineraria. Así me la llevaron cuatro hombres hasta el lago de Pátzcuaro, desde cuya orilla fue conducida en una canoa á la ciudad misma, de donde la envié á los Estados Unidos. En algunas de esas canoas primitivas, como las usadas para partidas de caza, sólo cabe un hombre; pero las de pasaje



Plato de barro, adornado de rojo y negro. De Zacapu. Diámetro, 18.3 cm.

pueden contener ocho y aun más personas y, mientras los boteros no se emborrachan, son bastante seguras.

Después de empacar los preciosos huesos recogidos y almacenarlos en la casa del cura, volví á la Sierra, y en las inmediaciones de Nahuatzen obtuve casualmente una hacha de hierro que ofrecía interés por el modo como la cabeza estaba sujeta el mango. Pronto pude advertir que habían cundido desde Cherán los malos rumores esparcidos á mi respecto, y que la gente me tenía miedo. Al llegar á Arante-

pacua (“donde hay un llano”) una tarde temprano, me negaron alojamiento en el mesón y sólo admitieron á mis animales. Sabiendo que vivía allí un sacerdote, fui desde luego á verlo. Tuvo la suficiente complacencia para ofrecerme una troje situada á unas cien varas de su curato, donde pude refugiarme, y me refirió que mi arribo al lugar había sido pregonado por una mujer que acudió á él corriendo muy irritada y diciéndole con voz de enojo: “Aquí viene el hombre que come gente!”

Nadie quería venderme la menor cosa, y aun los niños gritaban asustados cada vez que alcanzaban á ver al *Turis*, conforme se me llamaba,—nombre con que los tarascos designan á los viajeros blancos, y que significa hombre de alma negra, ó tarasco malo. El sacerdote aseguró á los indios que yo no intentaba hacerles daño, mas como era nuevo en el lugar, carecía de influencia; de suerte que cuando los llamó para que se dejaran fotografiar, ninguno acudió. Para colmo de dificultades, cuando emprendí mis excavaciones en el sitio que había ocupado el antiguo pueblo, en las inmediaciones, nada encontré y tuve que resignarme á tomar fotografías del paisaje.

Hallábame guardando mi cámara, cuando llegaron corriendo dos mujeres, con la expresión de la ira y el terror en el semblante, gritándome que no siguiera escarbando. Se presentó al mismo tiempo el dueño del terreno, á quien yo había mandado llamar, igualmente deseoso de que suspendiese mis excavaciones. Dije á los peones que llenasen los agujeros que habíamos hecho, y ya nos disponíamos á partir, cuando otro individuo, al parecer sin autoridad ninguna, apareció en el teatro de los sucesos, preguntándome



Modo de asegurar una hacha de hierro en un mango. De Sebina. Longitud, 18.5 cm.